

II

¡Hermosa región Veracruzana! Encantadores son tus bosques y tus ríos, tus elevadas montañas y amenas playas, tu tibio ambiente y refrescantes brisas. En mis primeros años de episcopado me tocó en suerte una porción de tu territorio, y ¡oh cuánto gocé en medio de tus selvas, bajo tus palmeras y limonares, arrullado por el murmurio de tus incontables arroyuelos ó por el bramido del cercano mar! ¡Cuánto envidiaba al Pastor que casi en su totalidad te poseía: cuánto hubiera dado por navegar á lo largo de tu inmenso litoral, ó espolear mi caballo hasta las cumbres del Orizaba, en busca de ovejas, ya dóciles, ya descarriadas, pero que me lisonjeaba de atraer al aprisco, ya con el aguijón del báculo pastoral, ya con el dulce tañer de la zampoña pastoril!

Lo que al cielo no plugo concederme, te lo otorga desde hoy, Venerable Hermano, y si mi fraterno cariño pudiera dar cabida á la envidia, de seguro que te envidiaría como á tus Predecesores. ¡Rica herencia te ha tocado, en verdad! Allí tus bellas dotes serán estimadas, y al eco de tu lira correrán en pos de tí, como en los tiempos fabulosos tras de Orfeo, no sólo las alimañas de los bosques, sino las selvas mismas, y hasta las duras rocas, que sabrás ablandar con tu canto.

No sé dónde he leído hace poco que te esperan grandes trabajos y que tienes que reconstruir todo en tu diócesis. Creo que no son exactas estas palabras, hijas del espíritu de lisonja que sopla en derredor de todo nuevo dignatario. No; mucho encuentras hecho por tus Venerables Predecesores, y en especial por el primer Suárez Peredo, fundador del Obispado. Él fué lo que suele llamarse el *zapador*, el Obispo misionero que con un celo que suplía á sus escasas fuerzas, corrió por todos lados, desafió todas las iras, despreció todos los peligros, y zanjó los cimientos de la nueva entidad, en tiempos harto azarosos y en circunstancias sobrado críticas. La dulzura y la mansedumbre de los que le sucedieron continuaron su obra de organización, con menos actividad quizá, pero de una manera más firme y segura.

Ha llegado el tiempo en que Veracruz necesita de un Obispo Doctor, de un Prelado cuya ciencia resplandezca sobre todo, y cuyas letras atraigan á aquellos á quienes no fascina el simple brillo de la mitra. Que tú eres el varón destinado por la Providencia para una misión tan sublime ¿quién puede dudarlo? ¿Para qué, si no, te guardó tantos años perfeccionando tus estudios en la soledad y el retiro? ¿Para qué, sin aurora que te precediera, te hizo resplandecer de repente más que el Sol meridiano? Aun lo que pareció un revés no fué sino la preparación de tu triunfo. Si se te alejó de la sede que creíamos todos ibas á ocupar, de seguro fué porque el Señor no quería sepultar tus talentos donde no habrían sido debidamente estimados, y te reservaba para los ilustrados veracruzanos, que sí sabrán aquilatarlos como es justo.

Mucha religiosidad encierra tu diócesi, á despecho de cierta fama poco favorable á este respecto. ¿De dónde, sino de esas regiones, eran los ingenios que, en los tiempos de más encarnizada lucha, defendieron con su pluma la Iglesia de México y las doctrinas católicas? ¿De dónde han salido esos generosos caballeros y ricas damas, que en diversas partes del país, y en esta misma Capital, han fundado grandes establecimientos de enseñanza y beneficencia, y han contribuido con ingentes sumas al decoro del culto y al esplendor de los templos?

Juntamente con estos sentimientos piadosos, existen otros de filantropía poco conforme al espíritu católico, de lo que se llama *ilustración* no siempre de acuerdo con las doctrinas del cristianismo. Pero aun los que parecen más hostiles á la Iglesia, no lo son al ministro del Señor en quien resplandece la ciencia y el amor á las letras, ni se muestran insensibles á los encantos de la poesía. Tus cantares ya han llevado tu fama á esas cultas regiones. La Providencia dispuso que tañeras la lira y la zampoña antes de estar revestido de una dignidad que te habría atraído censuras, lanzadas más bien por odio al Pontífice que por aversión al vate, pero que habrían pre-dispuesto los ánimos en tu contra, y ahora pondrían obstáculo á tu evangélica misión. Cantaste, cuando podías hacerlo sin que la gente se fijara más en el cantor que en el canto mismo. Los ecos de tu lira resonaron puros por dondequiera y te ganaron merecidos aplausos. Tus admiradores salieron no sólo de nuestras filas, sino de los grupos contrarios á nosotros, y conquistaste con tiempo ese *testimonium ab his qui foris sunt*, que San Pablo exige del Obispo. Los que hasta ahora han alabado tus ver-

sos, y han amado por ellos al poeta bucólico, no dejarán de amarlo al empuñar el báculo de Pastor cristiano, y la lira y la zampoña te servirán más que aquél para hacerles gustar el pasto saludable de la doctrina evangélica. Sigue, sigue cantando. Lo que en otra parte habría sido frívolo pasatiempo, en Veracruz será trabajo serio, ocupación altamente provechosa, tarea digna del Obispo más santo. Allí conseguirás lo que ningún otro Prelado menos docto y de menos letras alcanzaría, por más que en él resplandecieran la piedad y el celo; y el más bello elogio que podrá hacerse de tí y de tu episcopado, será el que el Espíritu Santo hizo de Salomón: Le dió el Señor profundo saber y alta prudencia, y le inspiró innumerables cantares: *fuertunt carmina ejus quinque et mille.*

III

Hay dos clases de Obispos, y las ha habido desde el tiempo del Apóstol San Pablo: el Obispo que bautiza y el Obispo que evangeliza. Hay dos clases de ministerio en la vida pastoral. El uno es el que ejerce el Prelado activo y celoso que personalmente administra todos los sacramentos, que camina siempre entre el pueblo, que preside á todas las devociones, que ignora y afecta ignorar cuanto se relaciona con negocios al parecer ajenos á la Iglesia, que no se mezcla con los magnates y tiene horror á la diplomacia, que mira sólo á las necesidades presentes y juzga indigno de un sacerdote el preocuparse de las futuras. El otro es el que practica el Pontífice que se deja ver poco, porque está en su gabinete hojeando sus libros y escribiendo otros, ya de ciencias teológicas, ya de Filosofía, ya de letras humanas; que deja lo material de la administración de los sacramentos á otras manos, y se reserva para sí la evangelización en escala mayor; que comprende que el ganar á los hombres que descuellan en todos ramos, influye en la conservación y propagación de la fe, y que no desdeña los medios terrenos y aun profanos que la Providencia le proporciona, para consolidar las bases de la Iglesia que se le ha encomendado. El primero es el que San Pablo sintetiza en la palabra *baptizare*; el segundo el que designa con el

vocablo *evangelizare*. Aquél atrae al que lo ejerce gran popularidad en todas partes, insigne fama de santidad entre los buenos, inmenso séquito entre los que aspiran á la perfección. Éste, por el contrario, deja al Obispo olvidado de las turbas, hace que muchos lo vean de mal ojo, que lo calumnien y lo menosprecien, y hasta que lo declaren indigno de la alta dignidad de que la Iglesia lo ha revestido.

Y sin embargo, el Apóstol de las Gentes declara superior la misión del Prelado que evangeliza á la del Prelado que bautiza, y lejos de aprobar esa aura popular que á éste circunda, la considera en extremo peligrosa, y se gloria de no haber dado ocasión á que á él lo sigan desordenadamente las turbas como á otros que más se han distinguido en la administración de los sacramentos. Doy gracias á mi Dios, dice enfáticamente, de que yo á nadie de vosotros he bautizado, con sólo dos excepciones. *Gratias ago Deo meo quia neminem vestrum baptizavi, nisi Crispum et Gaium*. No es que me falte para ello la potestad; pero no me ha enviado Cristo á bautizar sino á evangelizar; *non enim misit me Christus baptizare sed evangelizare*.¹

Noto, Señores, que mis palabras os sorprenden y tal vez os escandalizan. No me admiro, porque los trastornos del orden social acaecidos en los últimos años en la mayor parte de los países del orbe, han hecho perder casi por completo la noción del Obispo que apellidamos evangelizador. Lo que place á la diplomacia y al mundo es el Pontífice en quien reluce casi exclusivamente el dón de piedad; que deja que las potestades seculares trabajen

¹ Cor., I, 14, 17.

en pro ó en contra de la Iglesia, sin que él les ayude en el primer caso más que con sus plegarias, ni les oponga en el segundo más obstáculo que lamentos imperceptibles; que se ve siempre rodeado de la turba indocta aunque devota, y jamás entra á formar en las filas de los literatos, filósofos, diplomáticos ó próceres.

○ Cuando tales ideas prevalecen, no me admira que os escandalicen las palabras que acabo de proferir, y que casi dudéis que hayan sido en verdad escritas por el Apóstol San Pablo. De él son, sin embargo, y su pluma las trazó bajo el dictado del Divino Espíritu. El Crisóstomo les consagra una entera homilía, de la cual voy á tomar algunas explicaciones que os las harán más inteligibles y que, no lo dudo, os dejarán persuadidos de su exactitud y justicia.

“Gran cosa es el bautismo, dice el insigne Arzobispo de Constantinopla, y sin él no podemos entrar al reino de los cielos; pero éste lo puede conferir cualquiera varón poco docto, mientras que el trabajo de evangelizar es duro y difícil. ¿Quién no puede bautizar á un catecúmeno ya persuadido y adoctrinado en los misterios de nuestra santa religión? Pero ganarse el corazón del que está fuera de la Iglesia, arrancar de su alma los errores inveterados, domar sus pasiones, refutar sus argumentos, convencerlo de la verdad, cambiarlo totalmente, esto requiere grande ingenio, mucha sabiduría, improbo trabajo. ¿Se necesita, por ventura, de extraordinaria habilidad para colocar la corona en las sienes del vencedor en los juegos Olímpicos? En cambio, es preciso que el que lo ha amaestrado en la carrera y en la lucha sea un hombre superior y un atleta de primera fuerza. Tal fué

la misión del Apóstol. Á otros deja el trabajo material de bautizar; á sí propio, por orden de Cristo, se reserva el de instruir. Á otros deja que se gloríen de sus trabajos y sudores y de la popularidad adquirida: él huye de este favor de las turbas, y se gloria en el Señor de no buscarla.”¹

¡Venerable Hermano de Veracruz! Tú eres el Obispo evangelizador, tú eres el Obispo Doctor, y el haberte elevado al alto rango que hoy ocupas, cede en honra de todo el clero mexicano y de cuantos contribuyeron á tu elevación. Tú llevarás airoso tu dignidad, tú sabrás hacerla respetar de amigos y enemigos, y afirmarás la autoridad episcopal, única que ha quedado en pie entre nosotros, en medio de tantas convulsiones sociales y políticas. ¡Oh, cuánto se ha trabajado por destruirla, por derribarla, siquiera por disminuirla! Los enemigos procuran que no haya hombres capaces de ejercerla dignamente y que se revistan con ella los menos doctos, los menos robustos, los menos valientes. Si alguno descuella, se hacen esfuerzos por humillarlo, por abatirlo, por embotar en él las cualidades que brillaron antes de su elevación. Los amigos inconscientemente ayudan á menudo en sus tramas á los que están fuera del redil. Por afianzar lo que sin serlo llaman paz, sacrifican unos los más sagrados intereses. Otros, para adquirir ellos mismos mayor brillo, procuran ofuscar al que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios, y lo convierten en mero instrumento, sin poder ni prestigio, olvidando que es sucesor de los Apóstoles, y forma parte integrante de esa Jerarquía, de ese sacro Principado que es esencial á

¹ Chrys. Hom. III in Ep. I ad Corint. passim.

la Iglesia, y que subsistirá hasta el fin de los siglos, aunque otras instituciones surjan y perezcan.

¡Venerable Hermano! Tú sabrás defender esa autoridad, y hacer que la respeten á la par la virtud y la impiedad, el sacerdocio y el siglo, la maldad extraña y la ambición doméstica. Para todo te ha preparado la Providencia. ¿Se trata de gobernar? Eres perito en los trabajos de curia. ¿Hay que resolver cuestiones intrincadas? Te son familiares la *Summa* y el *Corpus Juris*. ¿Se pretende hallar el mejor modo de preparar á los ministros del Santuario, de educar á la juventud? No hay quien te gane en experiencia, ni quien pueda seducirte con apariencias de doctrina ó de práctica en la enseñanza, ni se atreva á competir contigo en letras ó en ciencias. Serás, pues, el tipo del Obispo evangelizador; y también, si lo quieres y el caso lo exige, podrás ser dechado del Obispo que bautiza.

La quietud del Seminario, el suave ministerio parroquial en tus nativos valles, no sólo fueron propicios al cultivo de tu entendimiento, sino que han conservado tu vigor y tus fuerzas. Dichoso tú, que no te has visto prematuramente revestido de una dignidad que, en cambio de un poco de oropel, abrumba con su peso, consume la vida, apresura la vejez y hace que cada año equivalga á cinco, á diez y hasta veinte de los ordinarios. Hoy la consagración episcopal renueva, como la del águila, tu juventud, y lleno de ardor empiezas la carrera que este tu amigo y coetáneo está terminando, doblegado más que por los años, por las luchas, las penas, los sinsabores de un episcopado muy largo y azaroso. Vuela á cumplir

con tu misión y que el Señor te colme de bendiciones. Él aumente tu saber, te infunda prudencia y conserve la robustez de tu numen para honra de su Iglesia y decoro del Episcopado Mexicano.

